

## 7. El dinamismo de la estabilidad

¿Podemos concebir nuestra estabilidad, nuestra vocación a la estabilidad monástica, bajo la luz de la misión de salvación de Cristo, como el estar de María junto a la Cruz?

Para san Benito, lo que debe mantenernos unidos al monasterio es esencialmente la preferencia de Cristo: "*Christo omnino nihil praeponant* – Que no prefieran absolutamente nada a Cristo" (RB 72,11). Es en esta preferencia, permaneciendo en esta fidelidad, como permitimos que Cristo nos conduzca a todos juntos a la vida eterna: "*qui nos pariter ad vitam aeternam perducat*" (72,12). En la misma frase, el sujeto cambia: si *nosotros* preferimos absolutamente a Cristo a todo, *Él* nos conduce a la vida eterna. Al adherirnos a Cristo, nos adherimos a su misión de salvación, que consiste en llevar a toda la humanidad a la vida eterna. Tomando un chiste de Dom Jean Leclercq, es como hacer voto de estabilidad en el avión. Si me aferro a mi asiento, el piloto puede despegar y llevarme muy lejos...

Si realmente quiero llegar lejos con Jesús, en su misión universal, mi primera preocupación no debe ser correr, sino detenerme en Él, fijarme en Él. Él es y sigue siendo el sujeto del dinamismo de su misión. Esta es la conciencia que tenía San Pablo: sólo podía moverse en la medida en que permanecía fijo en Cristo, hasta el punto de reconocerse "crucificado" con Él (cf. Ga 2,19).

Pero san Benito sugiere este dinamismo de la estabilidad desde el momento en que habla por primera vez de la preferencia absoluta de Cristo, al enumerar los instrumentos de las buenas obras: "No preferir nada al amor de Cristo" (RB 4,21). Como María junto a la Cruz, estar allí en el amor exclusivo del Señor significa preferir el don de la vida de Jesús a todo, incluso a uno mismo. La preferencia de Jesús es necesariamente la preferencia de su amor, y su amor es un amor universal que da su vida por la salvación de todos.

Hay otro instrumento de las buenas obras que expresa este misterio de estabilidad en el dinamismo y la irradiación de la misión del Salvador: "*In Christi amore pro inimicis orare* – En el amor de Cristo, orar por los enemigos" (RB 4,72).

Encuentro que las dos preposiciones, *in* y *pro*, en y por, nos dan la fórmula sintetizada de lo que significa "perseverar en la transmisión". La duración, la estabilidad monástica significa morar en Cristo, estar en Él, vivir en Él, y ejercer y vivir esta estabilidad se nos concede en el vivir en el monasterio, en la comunidad. Pero quien vive "en Cristo", inmediatamente toca su misión de amor, es llevado por el don de su vida, su vida *por nosotros*, su vida *por todos los hombres*, por todos los pecadores, por los enemigos. La vida de Cristo en la que nos fijamos es una *vida a favor de los demás*, una "vida para" los demás, todos los demás, incluidos los enemigos.

Podríamos recorrer toda la Regla para descubrir que en todos los aspectos y momentos de la vida en el monasterio lo que se nos da a buscar, pedir, ejercitar, experimentar, expresar es: *vivir en Jesús para todos*.

En el fondo, la estabilidad monástica es como un corazón que solamente permanece vivo y con vigor en la medida en que el movimiento de interiorización lleva al de la difusión, y el de la difusión mueve al de la interiorización. Al final de cada movimiento, el otro movimiento se hace necesario. El corazón no puede solamente llenarse de sangre; debe expulsarla, esparcirla por todo el cuerpo para que pueda llenarse de nuevo y propulsarla de nuevo. Y fijémonos que es en el movimiento de interiorización donde el corazón se expande, y que es en el movimiento de difusión donde el corazón se reduce, se comprime.

San Juan Crisóstomo, en una de las homilías sobre la Primera Carta a los Corintios, describe claramente el desafío de nuestra estabilidad en Cristo:

"Construyamos, pues, sobre él, unámonos a él como fundamento, como el sarmiento a la viña, y no haya intermediario entre Cristo y nosotros, porque si lo hay, nuestra ruina es inmediata. La rama tira de la savia porque está unida al tronco; un edificio permanece en pie porque sus partes están unidas; si vienen a separarse, se cae porque no hay soporte. No poseamos solamente a Cristo, sino aferrémonos a él de algún modo; si alguna vez nos apartamos de él, estamos perdidos. Está escrito: 'Los que se alejan de ti, se pierden' (Sal 72,27)" (8,4).

En la Regla, esta preocupación por la total inherencia a Cristo, por la adhesión a Él sin el menor espacio, se convierte en una ascesis de todas las facultades humanas y en todas las áreas de la vida. El espíritu, el alma, el cuerpo; la voluntad, la inteligencia, la memoria; el trabajo, el descanso; el uso de la palabra y la observancia del silencio; las relaciones entre hermanos, con los mayores y con los más jóvenes... No hay una dimensión de nuestra vida humana y religiosa que no sea, para Benito, un campo de trabajo para hacernos crecer a cada uno en una adhesión cada vez mayor y más estrecha a Dios, a Cristo y a su amor. La estabilidad es realmente un permanecer allí para trabajar en la viña del Señor, para trabajar llegando a ser ramas unidas a la viña de Cristo, para dar mucho fruto, Su fruto.